OPEMAM
Observatorio Político y Electoral del Mundo Árabe y Musulmán

Análisis Post-electoral

ISRAEL
Benjamin Netanyahu da la sorpresa

Natalia Perez Velasco

Fecha de publicación: 20 de marzo de 2015

Observatorio Político y Electoral del Mundo Árabe y Musulmán
Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos
Universidad Autónoma de Madrid
www.opemam.org

ISSN: en trámite

Cuando se hablaba de un indiscutible triunfo del Partido Laborista y Tzipi Livni y lo que estaba en duda eran los escaños que lograrían, la diferencia respecto al Likud, y las posibilidades de formar una coalición que evitara un tercer mandato consecutivo de Netanyahu, el paso por las urnas ha dado como resultado una vuelta a la casilla de salida y un más que probable Gobierno de la derecha y los religiosos.

Desde que en Israel empezó a hablarse de un posible adelanto electoral, las encuestas comenzaron a preguntar a los votantes por una entonces hipotética alianza de Tzipi Livni con los laboristas, dado que los sondeos reflejaban que su partido, Hatnua, quedaría fuera del Parlamento con el nuevo umbral situado en el 3,25% de los votos. La idea, que fue bien acogida por los votantes de centroizquierda, acabó cuajando en una coalición que no solo obtuvo buenos resultados en las encuestas realizadas con anterioridad al adelanto de los comicios, sino que mantuvo su fuerza durante toda la campaña electoral, resistiendo los ataques de sus rivales. Campo Sionista se presentaba como un partido de centro preocupado por resolver los problemas socioeconómicos de los israelíes: el alto coste de la vivienda, la carestía de la vida, la desigualdad, los altos índices de pobreza infantil, etc. Al mismo tiempo, prometían mejorar la relación con el principal aliado de Israel, Estados Unidos, y seguir buscando una solución definitiva a la cuestión palestina, pero sin centrar la campaña en un asunto sobre el que todavía no hay consenso entre los israelíes y que les podía restar votos.

Enfrente, Netanyahu seguía convencido de que nadie podría arrebatarle el triunfo, y el Likud ni siquiera se molestó en redactar un programa electoral; qué mejor argumento para sus votantes que los casi seis años que llevan al frente del país. Así que el primer ministro volvió a centrarse, como en los anteriores comicios, en hablar de Irán y de la necesidad de obtener un fuerte respaldo parlamentario para formar un Gobierno de derechas. Contenido el peligro que hace dos años parecía representar el centrista Hay Futuro, el objetivo en estas elecciones era evitar que el derechista Naftalí Bennett y su Casa Judía lograran un buen resultado a costa del Likud. Con este propósito hay que interpretar la decisión de Netanyahu de intervenir ante el Congreso de Estados Unidos a pesar de la oposición de la Casa Blanca; el objetivo era proyectar la imagen de un hombre de Estado fuerte dispuesto a todo – incluso a enfrentarse con el principal aliado - con tal de defender la seguridad del país.

Netanyahu se dio cuenta de que su victoria podía correr peligro cuando, tras el esperado empuje en las encuestas que dio al Likud su intervención ante el Congreso estadounidense, los sondeos reflejaron de nuevo que el centroizquierda seguía por delante. No es que un triunfo de Campo Sionista arrebatara automáticamente a Netanyahu la posibilidad de formar su cuarto Gobierno, pero que la alianza Herzog-Livni dominara en casi todas las encuestas podría movilizar a los israelíes que desean un cambio de política, y animar a los partidos en la oposición a buscar una coalición de Gobierno alternativa. Por ello, en la última semana Netanyahu aumentó sus participaciones públicas – incluida una satisfactoria intervención en un programa de televisión en la que, no estando en el plató, se le veía en pantalla a mayor tamaño que Isaac Herzog y en la que éste cometió algún error de principiante – y centró sus esfuerzos en agitar el fantasma del miedo. Miedo a que un triunfo de la izquierda diera de nuevo alas a un proceso de paz con los palestinos que hace ya tiempo que está muerto, y que volviera a poner sobre la mesa de negociaciones el desmantelamiento de los asentamientos en Cisjordania, la división de Jerusalén y la creación de un Estado palestino. Miedo a que un triunfo de Campo Sionista llevara a éste a buscar el apoyo parlamentario de la Lista Conjunta árabe, a la que las encuestas situaban como el tercer partido

más votado. Miedo a que los ciudadanos de origen palestino empezaran a tener voz y voto en las decisiones de los Gobiernos israelíes.

La campaña del miedo emprendida por Netanyahu comenzó mencionando la existencia de una alianza internacional que financia a la izquierda para provocar un cambio de Gobierno, prosiguió con la promesa realizada la víspera de los comicios de que con él nunca habrá un Estado palestino, y terminó el mismo día de las elecciones con un mensaje personal en Facebook en el que advertía que los votantes árabes estaban acudiendo a las urnas transportados por organizaciones de izquierdas. Este mensaje - calificado por algunos de racista e impropio de un primer ministro y líder de un país occidental – ayudó a que los anteriores cumplieran su objetivo, y lo que para la mayoría era un esperado triunfo del centro izquierda se convirtió menos de veinticuatro horas después en una sorprendente victoria del Likud por seis escaños de diferencia.

El principal perjudicado por el éxito de Netanyahu ha sido el partido de extrema derecha Casa Judía, que pasó de dieciséis escaños en las encuestas iniciales a doce en los últimos sondeos, para lograr finalmente 8, cuatro menos que en 2013. Este trasvase de votos para asegurar un Gobierno de derechas - que como Netanyahu prometió durante toda la campaña incluirá a Naftalí Bennett – y una movilización de electores temerosos de que un triunfo de la izquierda permitiera formar una coalición anti-Likud con respaldo de los árabes, es lo que explica la victoria contra todo pronóstico del primer ministro. De hecho, estas elecciones han registrado una participación del 72,3%, casi cinco puntos más que hace dos años, y la cifra más alta desde 1999.

La izquierda, por su parte, no ha sido capaz de movilizar a su favor a más votantes, y se han cumplido fielmente las encuestas, que daban 24 escaños a la coalición entre laboristas y Hatnua y 5 a Meretz, dos escaños más que los que sumaban estas tres listas políticas. Un buen resultado si se tiene en cuenta que las formaciones de izquierda habrán perdido a buena parte de sus votantes de origen palestino, que parecen haber respaldado masivamente a Lista Conjunta, que ha conseguido 13 escaños, dos más que los que sumaban sus integrantes. Con este resultado, esta coalición de listas árabes formada para hacer frente al nuevo umbral electoral del 3,25% se sitúa como el tercer partido más votado, por delante de los centristas Hay Futuro y Kulanu. Al primero su paso por el Gobierno le ha costado ocho escaños – se ha quedado en 11 -, mientras el segundo puede convertirse en el principal socio de Netanyahu con los 10 parlamentarios logrados en su excelente estreno. Entre los ultra ortodoxos, Shas ha bajado de once a 7 escaños, golpeado por la escisión de su anterior líder político, que ha quedado fuera del Parlamento, y Judaísmo de la Torá ha conseguido 6 escaños. Los mismos que ha logrado el partido ruso Israel Nuestra Casa en solitario, después de que hace dos años su líder Avigdor Lieberman se refugiara en una alianza con el Likud mientras era procesado por corrupción.